

dad lo repite después de ellos) terminó en medio de desastres y de profunda tristeza. Tuvo su gloria, pero el éxito feliz le abandonó al rayar la aurora del nuevo siglo que Luis XV iba á realizar. Á la sazón Voltaire había ya nacido, y la Francia, lejos de levantarse, se había hundido más en los placeres efímeros y miserables. La fe permaneció en el pueblo, pero desapareció de las clases elevadas, en donde reinaba la impiedad más insolente.

GUERRA DEL SIGLO CONTRA LA IGLESIA

El siglo XVII había sido, si no el más delicioso, al ménos el más glorioso de Francia; pero el XVIII fué el oprobio de ella y del mundo entero. No hay época alguna más lamentable, pues aunque había pasado la sociedad por el siglo de hierro, no tuvo el carácter de cinismo y de perversidad que el siglo XVIII, que puede llamarse con razón el siglo de cieno y de inmundicia, porque en él todo quedó manchado, y todo desaparecía al mismo tiempo: la religión, el arte, la literatura, la política, la justicia de la guerra, y en ningún país del mundo fueron tan señalados como en Francia esos rasgos tan repugnantes. Las demás naciones seguían las huellas y se cubrían del descrédito de Francia. Todo en ese siglo era ligero, mentiroso, declamador, lleno de sofismas, de irracional soberbia y de afrentosa y desordenada lujuria. El deísmo y el ateísmo lo invadían todo y se infiltraban por todas partes. No hay en él ni un rey cristiano, ni

un gran monarca, exceptuando á María Teresa, emperatriz de Austria, y ésta combatida por su familia, por sus ministros y por su corte. Los santos fueron muy raros, despreciados y políticamente reputados por nada. Se ve en Italia á San Pablo de la Cruz, fundador de los pasionistas, y en el reino de Nápoles á San Alfonso M. de Ligorio, fundador de los redentoristas y autor de obras casi desconocidas entonces y que hoy han llegado á tener gran aceptación y á ser muy populares. Se distinguía también un mendicante, de nación francés, pero domiciliado en Roma, en donde estuvo casi completamente desconocido hasta los momentos de su muerte; y fué Benito Labre, que ha sido beatificado por Pío IX. Si sus contemporáneos de Francia hubieran tenido noticia de su nombre y de sus virtudes, no hubieran hecho más que silbarle y burlarse de él. Francia no tenía santos, ni quería ver resto alguno de ellos. El único milagro que pudiera decirse hubo en ese siglo fué el no haber santos ni milagros. Hacia fines del reinado de Luis XV, una de sus hijas, Luisa de Francia, tomó el velo en el convento de las religiosas carmelitas y llevó en él una vida santa y edificante; pero fué el ludibrio y la irrisión de la corte. Mientras tanto Francia, riéndose, deja perecer á la Polonia, es derrotada en las batallas y ve engrandecerse las naciones protestantes, y con una carcajada de risa precipita la ruina material y moral de sus antiguos y más insignes monasterios. El arte no es más que una pura obscenidad, la literatura una blasfemia y una infamia; el sofisma absurdo y

pretencioso lo invade todo, y Voltaire, en fin, verdadero rey de esta época fangosa, autor de inmundos escritos, lleno de disgusto ante tanta degradación, se expresa en términos que no pueden trasladarse al papel sin rubor.

La iniquidad triunfaba por doquiera; y en medio de los muchos crímenes que perpetraba, hay uno que merece señalarse como una señal evidente de la humana locura. Una conjuración hábilmente preparada de los gobiernos católicos de Francia, España, Portugal y Nápoles arranca al Papa Clemente XIV la abolición de la Compañía de Jesús *por el bien de la paz*. Este hecho tan monstruoso pinta al vivo la situación en que entonces se hallaba el mundo, la guerra que éste hacía al Papa y la resistencia que el Papa le oponía.

Los jesuitas formaban el instituto religioso más activo, más influyente, más científico y más respetado, habiendo en él veintidós mil religiosos pertenecientes á las primeras familias de Europa. Ellos ocupaban las cátedras, los colegios, las misiones, y en todos los ramos de las ciencias se veía un jesuita figurando entre los hombres más eminentes. En medio de la relajación general habían conservado los jesuitas con inquebrantable firmeza la ortodoxia de la doctrina, la pureza de las costumbres y la sumisión incondicional á las decisiones de la santa sede, combatiendo sin descanso por hacerlas respetar y rechazando todo lo que se separaba de ellas, teorías filosóficas, ideas jansenistas y principios protestantes. Todas esas falsas doctrinas, aunque

enemigas entre ellas mismas, lo eran juntas igualmente de los jesuitas, y se levantaron contra ellos.

Voltaire opinaba que era preciso limpiar pronto la Europa de esa plaga de jesuitas, en los cuales se había educado él, pero que veía en ellos sus formidables adversarios; y de la misma manera pensaban también los jansenistas y los parlamentarios, cada uno según su criterio. Se hizo una guerra sin tregua á los jesuitas. Tuvo por cómplices de ella en toda la Europa á casi todos los depositarios de los poderes públicos y á todos los dueños de la opinión. Fueron presos, desterrados, condenados á muerte, pero jamás juzgados; y aún cuando se buscaron y encontraron verdugos, jamás se pensó ni hubo valor para buscar jueces.

Como unos ciento cuarenta fueron encerrados en la oscuridad de los calabozos de Portugal, y sólo quedaban vivos cuarenta de ellos cuando murió el ministro perseguidor. Preguntados sobre el delito que se les imputaba, no pudieron contestar aquellas víctimas inocentes otra cosa sino que setenta de sus compañeros encerrados con ellos habían sido condenados á morir. Se ha dicho antes que el siglo XVIII no había producido santos, y es una equivocación, porque tuvo un gran mártir y un gran santo, la Compañía de Jesús.

En Francia, por un decreto del parlamento, provocado por madama Pompadour y por el ministro del rey, que permitió obrar, se condenó á los jesuitas á que abjurasen su instituto y á

que por juramento ratificasen los calificativos odiosos que otros decretos les habían imputado, y, á excepción de cuatro ó cinco que lo hicieron, todos los demás se resistieron, y por esa causa fueron desterrados.

En España y en todos los dominios españoles, en virtud de una real orden de Carlos III, el 2 de Abril de 1767 fueron prendidos á la misma hora todos los jesuitas, desde el Norte al Mediodía, en África, Asia, América, en todas las islas de la monarquía, conducidos al puerto designado de antemano, embarcados, metidos en la bodega de los barcos, que se hicieron á la mar sin rumbo fijo, habiendo sido tratados inhumanamente y de esa manera tan arbitraria cerca de diez mil individuos de un instituto tan esclarecido y floreciente.

Los Borbones de Italia siguieron los ejemplos de los de Francia y de España, y fueron arrojados los jesuitas de las ciudades de Nápoles, Malta, Parma, y llevados á la frontera romana casi desnudos y sin dejarles medio alguno de subsistencia.

Á fines del año 1768 estaba ya completamente ejecutada la proscripción de la Compañía de Jesús de todos los Estados de la casa de los Borbones, sin que fueran bastantes á impedirlos los votos de los pueblos, las súplicas de los obispos y las protestas de Roma. En todas partes el despojo de todos los bienes iba unido á la persecución, y los gobiernos se apoderaron de todo lo que legítimamente poseían sus víctimas.

Solamente un pequeño Estado, la república de Génova,

juntamente con el Papa, fué la que demostró alguna compasión y dispensó alguna protección á esos religiosos, tan bárbaramente tratados en otros países, y permitió que algunos de ellos, errantes por los mares, tuvieran un asilo en la isla de Córcega, cuyo acto, tan laudable como humanitario, la valió las amenazas de Francia, á la que, por fin, entregó la isla para contentarla y apaciguarla. Por esa causa pasó Córcega al dominio de Francia, la que se posesionó de ella á principios del año 1769, y por esa circunstancia algunos meses más tarde, Napoleón, que nació en dicha isla, fué francés.

Los gobiernos no se contentaron con la proscripción de la Compañía de sus dominios, y pidieron al Vicario de Jesucristo que borrara su nombre de la Iglesia y la suprimiese, lo que al fin consiguieron en 1773, después de haber empleado con ese objeto la violencia, la mentira y la astucia. El breve memorable *Dominus ac redemptor* concedió á los soberanos la abolición de la Compañía de Jesús, pero no la condenación de la misma.

En la expresada fecha de 1773 ya estaba formado el reino de Prusia, cuyo soberano era un príncipe filósofo, de clara inteligencia y gran guerrero para aquella época, al mismo tiempo que gran émulo de Voltaire. Su nombre era Federico II, el cual, al tener noticia de la abolición de la Compañía, escribió á Voltaire en tono de burla, diciéndole : «Dentro de veinte años verá Dios una bella jugada.» El término de ese período era el año 93;

Federico había ya muerto, el rey de Francia subía á la guillotina y Bonaparte contaba veinticuatro años.

La obstinada aberración que tenía su centro en Francia era la herejía cesariana, la cual conducía al profundo abismo ante el cual quedaban asombradas y amenazadas las dinastías, los pueblos y toda la civilización. La Francia cayó en él coronada de flores, y la prolongada relajación del siglo se terminó en una muerte espantosa. Esa gran catástrofe del mundo es la que se conoce con el nombre de la Revolución francesa, de la cual fué preparación todo el siglo XVIII, y de la que será castigo y reparación todo el siglo XIX.

Al mismo tiempo los franceses, embriagados del orgullo de la apostasía, se tuvieron por más sabios que sus antepasados; no solamente se limitaron á reformar lo que hubiera de defectuoso en su admirable organización monárquica, sino que quisieron destruirla completamente. La obra se ejecutó con un arrebató instantáneo, que tomó bien pronto un carácter implacable; y los que no pusieron mano en la demolición tampoco la resistieron, ó lo hicieron con flojedad y torpemente; y ese abandono prolongado del cumplimiento de un deber debilitó sobremanera el sentimiento del derecho. Los individuos de la grandeza, depositarios oficiales de la autoridad, no se juzgaban idóneos para combatir los errores que ellos habían aceptado y propagado, y eran impotentes ante los crímenes que, aunque imprevistos, eran fruto natural y consecuencia legítima de dichos

errores. Las verdades fundamentales de la sociedad son, guardada proporción, como las verdades de fe que las enseñan y las defienden; y cuando perecen bajo el asalto de los que debían guardarlas, dejan la puerta franca al enemigo, y su venganza es necesaria. Por medio de esa misma venganza se manifiestan ellas y se levantan. Los crímenes de los pueblos son castigados por otros crímenes contra los mismos pueblos, y esa serie de crímenes y de venganzas no se corta más que por las leyes, que son hijas legítimas de las verdades vengadas y restauradas. La justicia divina, que es el guardián paciente, pero inflexible, del orden natural y universal, abandona algunas veces la sociedad á su más temible enemigo, que es el hombre entregado al espíritu del error. En este hermoso país de Francia, célebre por su sabia legislación y por el trato afable de su población, no hubo en tan espantoso período ni leyes, ni tampoco se conocieron los sentimientos generosos de la piedad.

De todas las naciones de Europa, sola quedaba Francia hasta fines del siglo XVIII libre de los insultos y opresión de la dominación de un monstruo anticristiano que se llama tirano (1). Ningún hombre se había levantado en ella con audacia bastante para mandarla apostatar de su culto, demoler sus templos, fuentes bautismales de su gloria sin igual, matar á sus sacerdo-

(1) En este punto ningún historiador ha osado menoscabar la privilegiada grandeza y clásico catolicismo de España en el siglo XVI.—(Nota del Corrector de la versión castellana.)

tes, abolir su sabia legislación, formada y basada sobre costumbres nobles y tradicionales, no tener más leyes que sus caprichos y su terror, ni otros magistrados que sus horribles verdugos. Ninguno de sus reyes ni de sus partidos habían llevado jamás hasta punto tan extremado sus ultrajes á la conciencia francesa, ni la hubiesen considerado capaz de deshonrarse prestándoles obediencia. El comité de pública seguridad, compuesto de un pequeño número de hombres oscuros y miserables, fué el primer tirano que figuró en los anales de la gran nación francesa y el que la legó la vergüenza de haber obedecido. Entonces fué cuando se introdujo y se aclimató una nueva plaga, la más terrible y la más humillante que jamás pudo herir á un pueblo por tanto tiempo noble y generoso. Esa plaga recibió un nombre tal, que los franceses no la hubiesen temido si se les hubiese antes anunciado. Era el nombre de *Terror*; y, sin embargo, sucumbieron y se sometieron á él. Antiguas víctimas y antiguos verdugos pasando de un partido al otro, y frecuentemente extendiéndose simultáneamente á los dos, el terror vil y perverso cometió mayor número de crímenes que todas las otras pasiones y alcanzó más victorias que las armas, las leyes y los consejos.

El terror fué el secreto del poder inconcebible de la Revolución, en todo contrario absolutamente á la razón. Ríos de sangre habían sumergido en sus olas la autoridad real, la nobleza y la propiedad, y la libertad fué la primera que quedó ahogada

desde el primer día. La ciencia y el arte cayeron en un letargo del que no se levantaron sino mucho tiempo después, aunque enfermos y adoleciendo de oscuridad. El altar desapareció entre la sangre de los sacerdotes, y mientras que la sociedad no proporcionaba á los verdugos más que víctimas, la Iglesia se ocupaba en proporcionar sepultura á los mártires.

Luis XVI, á quien los verdugos decapitaron, pertenecía á la familia de San Luis, y era un rey piadoso que amaba á su pueblo, que había estudiado sabias reformas y tenía fe en la libertad. Encadenado y constreñido por los errores, cuya pesada y grave herencia recayó en él, firmó contra su deber la Constitución civil del clero, en la que se resumía la impiedad racionalista contra la constitución divina de la Iglesia; y por ese acto de censurable debilidad, el rey cristianísimo quitó de la corona de Francia su última perla. Ante Dios, ese fué el crimen que cometió Luis XVI, el cual pagó con su vida el arrepentimiento que le devolvió la gloria y el honor. La Convención, que era la pretendida asamblea nacional, le condenó y le llevó al suplicio; y mientras la ejecución, voces impías insultaron á ese justo arrepentido, y un sacerdote amenazado de muerte le dijo, para consolarle, desde el pié del cadalso: «¡Hijo de San Luis, sube al cielo!» La historia ha olvidado consignar los oradores innumerables de la Revolución; pero ha conservado esas palabras, y conoce todavía el nombre del sacerdote que las arrojó sobre los hombros desnudos del monarca, á manera de

un manto real teñido de la púrpura del martirio. Dicho sacerdote se llamaba Edgeworth.

Otra muerte, más vergonzosa, si cabe, para Francia, siguió á la del rey, cual fué la de la reina María Antonieta, de la casa de Austria, la cual fué decapitada después de haberla formado un proceso calumnioso. Subió también al cadalso, y allí fué atada en medio de calumnias y de ultrajes. Cuando el populacho humillaba y cubría de injurias á esta persona real inocente é infortunada, no se encontró en París un solo hombre con valor bastante para consolar á la posteridad francesa, separándose de tomar parte en crimen tan público como injusto y dejándose aplastar bajo las ruedas de la carroza guiada por el verdugo, si fuere necesario para levantar su voz á favor de la inocencia y de la justicia ultrajadas. Esa vergüenza y esa afrenta pesan justamente sobre aquella época miserable é infame que pudo divertirse y gozar viendo á Voltaire difamar á Juana de Arco. Todo el mundo dijo entonces muy alto que Francia, no solamente había perdido su fuerza, sino, lo que es todavía peor, su honor y su dignidad.

Ese vértigo, ó, por mejor decir, esa posesión satánica, demencia de crueldad y locura de error, duró muchos años. Francia lo sufría todo y todo lo soportaba; y el orgullo de la apostasía la cerraba los ojos para que no viera el milagro del terror. Ella se lisonjeaba todos los días con la estúpida esperanza de alcanzar la edad de oro; y degollada como estaba, creía ménos

en la realidad del cuchillo y del verdugo que en la del espectáculo en que veía disolverse y caer sobre ella torrentes de sangre. La nación cristiana no se acordaba de Jesucristo más que para aborrecerle ó para despreciarle; y era tanta su crueldad, que ya ni siquiera se contaban las víctimas.

La opinión europea, justamente severa respecto de Francia, no lo era para sí misma. Ella no tenía ni valor, ni inteligencia, ni piedad. El terror francés se apoderaba de los tronos, ya quebrantados, y no les servía de aviso ni les hacía aprender. Algunos hicieron esfuerzos para conducirse con tino y prudencia, pero solamente uno supo ser grande, y ese fué el Papa. Él penetró y conoció la causa del mal, y en el castigo reconoció la mano de Dios. Su primer cuidado fué proclamar la verdad, que tantas veces había sido ya inútilmente recordada al mundo, condenado á grandes adversidades por lo mismo que no había querido oirla. El Jefe de la Iglesia condenó el error doctrinal de la Revolución, y esa condenación era la salvación para el porvenir y el sostenimiento de las conciencias cristianas, desalentadas en vista del triunfo insolente del mal. Así ya sabían lo que era preciso rechazar y combatir, áun con riesgo de la vida.

Hubo también en Francia un ejemplo noble. En la Vendée y en la Bretaña se levantaron algunos paisanos contra los perseguidores, se buscaron jefes y se proveyeron de armas. Un sencillo paisano, que se llamaba Cathelineau, fué el que dió la señal. Su nombre debe conservarse con honor en la historia de la

religión y en la de la patria. El valor admirable de los vendedeos, sostenido por la firmeza de su fe, se sostuvo mucho tiempo contra el número de las tropas revolucionarias. Su país fué asolado, y al fin tuvieron que sucumbir; pero quedó levantada y enarbolada sobre sus cadáveres la cruz, que ellos pretendieron defender y levantar y que era su amado estandarte. Bajo la sombra de ella se conservaron sus buenas costumbres y su fe. En lo que va de este siglo ha reedificado la Vendée más iglesias que las que la Revolución pudo destruir. Allí donde cae un mártir se levanta un templo, y la Vendée es una gloriosa prueba y elocuente testimonio de ello.

Los reyes contemporáneos no comprendieron ni la advertencia que el Papa les daba en su razón, ni el ejemplo que les dejaba con su valor, y prefirieron más bien dar crédito á los que les predecían que la Revolución daría la vuelta á todo el mundo y á las pasiones que les presentaban la Francia como una presa que debían dejarla debilitarse. En realidad, no había allí ya ni auxilio entre las naciones, ni nada de república cristiana, ni nada de sacro imperio. Esa bella armonía y laudable organización, bosquejadas para llegar á la conquista católica del mundo y á la paz universal, heridas de muerte por el protestantismo, habían sido enteramente destruídas y no existían ya. Con ellas había caído también el gran pensamiento de la Edad Media, y el establecimiento del reino de Dios, en que habían pensado el Papa Adriano y el emperador Carlo-Magno, cedía el lugar á

un pensamiento nuevo que se anunciaba como un sueño del reino de Satanás.

Pero mientras los reyes esperaban que Francia cayese para ser despedazada, se levantó en ella, entre muchos de los gene-

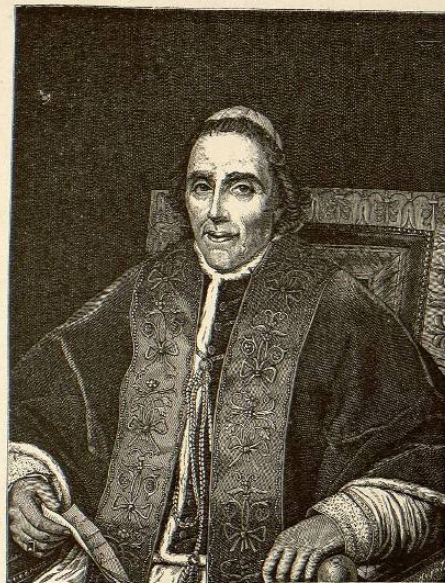


Lámina 143.—El Papa Pio VII.—Cuadro de David, que se halla en el Museo del Louvre. y data de este siglo.

rales hábiles y comunes, un hombre guerrero singular y extraordinario entre los hombres grandes, de las condiciones de aquellos que se imponen á la admiración de los pueblos y que enaltecen aún á los mismos que quedan vencidos. Se llamaba

Napoleón Bonaparte, procedente de una humilde nobleza de Córcega, dicha antiguamente florentina. Cuando él nació, en 1769, Córcega acababa de ser cedida á Francia por la política tímida de la república de Génova. Hombre honrado, sin patrimonio, educado expresamente para el arte militar en hábitos religiosos más bien que en una religión, y empujado al medio del mundo por la tempestad, que le encontraba en la primavera de la vida, era todo lo que la Revolución podía desear y todo lo que podía temer.

En el orden regular, todo su genio y disposición no podían ménos de darle una gran influencia y elevarle al segundo puesto de la nación; pero como él aspiraba al primero, era preciso separarse del curso regular y buscarle por medio de la Revolución, que era solamente la que podía dársele. Efectivamente, para no ser vencida, le hizo emperador; y él, por ocupar ese cargo supremo, abdicó la verdadera grandeza.

Duró su imperio quince años, y en todo ese tiempo pudo decirse de Napoleón lo que de Alejandro el Grande, que la tierra enmudeció ante su presencia.

Mas el Papa Pío VII, que había consentido en consagrarle por ver si se reorganizaba la Francia y se devolvía la paz y la seguridad á Europa, no se calló desde el momento en que el conquistador quiso entrometerse también en el edificio divino de la Iglesia, último baluarte de la libertad del mundo. Después de haber usado de treguas y dado tiempo para emplear medios

suaves y llenos de ternura, por fin Pío VII, prisionero, excomulgó al vencedor de la tierra.

Había sido Napoleón tan grande y poderoso y de una política tan sagaz y tan tenaz, era tan obedecido de sus soldados y del rebajamiento de todas las inteligencias y corazones en toda Europa, y los espíritus, en fin, reparaban tan poco en ceder y rendirse á los consejos del terror, que aún los mismos que resistían se sentían ya anticipadamente derrotados y vencidos. Por lo que á él tocaba, jamás tuvo temor alguno, guiado de la seguridad que le daba su genio. Mas su tiempo se había cumplido, é iba Dios á dejar el ariete é instrumento de que se sirvió para debilitar y trastornar un orden político que había sido creado expresamente para oprimir en todas partes su Iglesia santa. Una jornada suprema y memorable, la batalla de Waterlóo, acabó la ruina del excomulgado y le arrojó del trono.

Libres ya de Napoleón, mostraron desde luégo los soberanos de Europa algún reconocimiento á Dios y tuvieron alguna compasión de sus pueblos. Su victoria no exigía el bárbaro rescate que con frecuencia habían pagado, y fueron más grandes y generosos que su enemigo vencido. Perdonando á Francia las grandes humillaciones de su derrota, la devolvieron intacta su antigua dinastía, cuyo derecho y cuya gloria fueron los primeros en honrar y respetar. Esa laudable moderación fué una brillante demostración de la hermosa civilización política del Cristianismo, con la cual se arreglaban las relaciones y se ter-